

EN LA TIERRA ANTIOQUEÑA

(IMPRESIONES DE VIAJE)

No trato en este escrito de hacer una reseña completa de todo lo que vi y observé en mi reciente excursión por Antioquia. Tampoco intento ahora trazar un cuadro acabado de la Montaña, ni siquiera es mi ánimo ensayar un estudio detenido, que fuera a manera de juicio crítico, de las empresas y de los rasgos característicos del pueblo antioqueño. Tan sólo me propongo relatar con entera franqueza, y en obsequio de los muy amables lectores de *Horizontes*, algunas de mis impresiones de viaje—aquellas que favorables puedan servir de estímulo—por la tierra de los hogares patriarcales y del trabajo fecundo y redentor.

POR EL MAGDALENA

Mi emoción al llegar al grande y majestuoso Magdalena fue inmensa. Hacia más de cinco lustros que yo no había vuelto a tener la dicha de contemplar las aguas misteriosas del gigantesco «hijo de los Andes». Entonces advertí que latían en mi alma las fibras todas del más ardiente patriotismo, pues al ver el gran río—arteria que une con estrecho vínculo casi todos los departamentos de Colombia—creí escuchar las hondas vibraciones del alma misma de la Patria que claman nos amemos todos como hermanos. Y al mirar las dos riberas entre Wilches y Puerto Berrío me sentía como invitado a dar un estrecho y efusivo abrazo a las dos montañas gemelas, para mí tan caras, de Antioquia y Santander, que por naturaleza y posición, no menos que por las cualidades físicas y psicológicas de sus habitantes parecen llamadas a ejercer un influjo paralelo en el movimiento social, comercial y económico de la nación.

EN PUERTO BERRIO

Llegado ya a la entrada principal de la montaña, a aquel puerto que evoca el nombre ilustre del mandatario modelo que supo encauzar con gran acierto las corrientes de la vida antioqueña, pude desde luego admirar la belleza del «Hotel Magdalena» que sirve allí como de muestra del progreso y exponente de la civilización de aquella tierra de recias fragocidades, pero de bravo trabajar perseverante.

Una escalinata rodeada de gallardas palmeras da ascenso a la entrada del hotel, edificio de reciente construcción que costó a la empresa del ferrocarril de Antioquia \$ 60.000 oro. Es de dos pisos en la parte del frente al Magdalena. Cuenta con amplias y elevadas galerías que consultan a la par la ventilación y la frescura, con galano, espacioso y confortable comedor, con cómodos y elegantes departamentos para huéspedes, con alumbrado eléctrico, con duchas e inodoros. Desde la bellísima azotea divisase el más primoroso paisaje: el Magdalena espléndido y simpático en una extensión de dos a tres leguas, las vastas selvas seculares a uno y otro lado, y allí al pie el hermoso y extendido puerto que parece una ciudad flotante cuando en las noches de luna refleja sobre sus ondas los mil focos que iluminan los vapores que están a sus puertas.

DE PUERTO BERRIO A MEDELLIN

El trayecto de la vía férrea, las casitas adyacentes con sus cuidadas huertas y sembrados risueños, las vastas soledades de la Malena, las relativamente encumbradas regiones de Palestina y Pavas, los magníficos puentes sobre el Nus, que se atraviesa hasta seis veces, todo esto cautivó mi atención y mis miradas las varias veces que me tocó recorrer aquella línea. Pero sobre todo me causó

muy grata impresión la población de Cisneros, que, alegre y bulliciosa, trae tan gratamente a la memoria el recuerdo del insigne empresario, iniciador del ferrocarril de Antioquia, cuya vida, fecunda en muestras de poderosa inteligencia y enérgica voluntad, queda trazada por el gallardo pincel de un joven y malogrado escritor, y merece especial estudio de aquellos que anhelan sobresalir en el arte siempre difícil de gobernar a los hombres y de utilizarlos para la realización de grandiosas empresas.

El paisaje que desde la Quiebra pude divisar me pareció arrobador: de un lado el aurífero Nus y parte de las montañas de Yolombó, y por el otro lado, hacia el occidente, las fértiles vegas bañadas por las nacaradas aguas del Porce, al pie de las cuales asienta sus reales «la ciudad blanca de América,» la ilustre Medellín, iluminada por las fraguas de oro de su sol primaveral, sembrada de fábricas donde florecen las industrias y de comercios donde bulle la actividad de las transacciones, poblada de ricas mansiones en que la comodidad y el arte se dan la mano.

En la «Estación Santiago» admiré las espléndidas cascadas del riachuelo de este nombre y la manera ingeniosa como se han aprovechado las breñas y recodos de aquel estrecho pasaje para el establecimiento del caserío.

En general el estado de la línea férrea tanto en la región del Nus como en la del Porce, o sea desde Puerto Berrío hasta Cisneros (109 km.), y de Santiago a Medellín (64 km.) respectivamente, pero sobre todo en la última es muy satisfactorio, y todo él demuestra la obra perseverante y tenaz del pueblo antioqueño que ha sabido vencer todas las dificultades que ofrecen aquellas abruptas montañas.

FERROCARRIL DE AMAGÁ

Mucho tuve que admirar al embarcarme en el tren que de la capital de Antioquia lleva a las regiones del suroeste: el río Medellín que conduce sus cristalinas aguas por un lecho de piedra, salpicado a veces de chorros que semejan cascadas; la cinta verde-esmeralda de saucedales, guamales y otros árboles que sombrean sus riberas; las praderas que a una y otra banda los limitan, cubiertas ya de grama, ya de plantaciones de caña o de plátano; las hermosas quintas, regias muchas de ellas, que esmaltan los campos de suave pendiente del Poblado, Envigado, Sabaneta e Itagüí, provistas todas de agua abundante y de baños deliciosos y adornadas de huertos y jardines; la profusión de árboles frutales, entre ellos el naranjo, el mango, el limonero, el aguacate, el pomarroso, el ciruelo, el guayabo, el níspero del Japón, el durazno y el zapote; los campanarios y caseríos de la comarca, entre los cuales aparece en la media falda La Estrella, que posee una muy venerada imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá.

En el vallecito de Caldas, hoy muy de moda como lugar de veraneo, se ofrecen a la curiosidad del viajero la fábrica de loza de don Eurique Mejía Ochoa, la de vidriería de los señores Greiffenstein, la fundición de hierro del señor Germán Wolff y otras.

Luégo sigue la línea férrea hasta las cercanías de Angelópolis. ¡Y qué cortes tan atrevidos los que se han hecho en aquellas abruptas y ásperas faldas! ¡Qué rodeos tan graciosos en los contrafuertes de aquel accidentado territorio! Aquella vía deberá servir a las regiones de Amagá, Titiribí, Fredonia, Venecia, y cuando logre llegar el ferrocarril hasta las orillas del Cauca se aprovecharán de él muchas comarcas del suroeste, ricas en ganadería y en plantaciones de café.

El ferrocarril de Amagá se está construyendo por cuenta de una Compañía particular, cuyo gerente es don Camilo C. Restrepo.

Las repetidas veces que transité por esta vía me llamó la atención la multitud de pasajeros que a todas horas la recorren y que se desborda por las estaciones del tránsito, pero sobre todo por las del Poblado, Aguacatal y Envigado. Especialmente por las tardes es gracioso ver los caminos que de esos sitios conducen a los campos y quintas de los alrededores y por los cuales horniguean gentes de diversas clases y condiciones a pie y en toda suerte de vehículos. Por término medio transitan mensualmente por este ferrocarril unas 85.000 personas. Por el de Antioquia, en la sección del Porce son todavía más, pues ascienden, también mensualmente, a 105.000.

Sin embargo, el ferrocarril de Amagá no deja todavía un *superávit* considerable, por no tener aún suficiente carga, pero la tendrá y de sobra, dentro de poco, cuando avance hacia Fredonia. El de Antioquia en cambio deja una utilidad neta considerable de la explotación. Así en el año de 1917 dejó éste \$ 366.459-92, mientras el de Amagá sólo rindió \$ 58.987-28.

UN VISTAZO A MEDELLIN DESDE LAS TORRES DE LA NUEVA CATEDRAL

Era una hermosa tarde de febrero último cuando en compañía de varios amigos ascendí a las torres de la nueva catedral. ¡Qué panorama el que se domina desde aquella elevadísima cima! Sólo así puede uno formarse idea exacta y en conjunto del enorme desenvolvimiento de la metrópoli antioqueña en el último cuarto de siglo y señaladamente en la década más reciente.

Naturalmente al ver desde allí las montañas que circundan el grandioso valle, las fértiles llanuras que orlan el curso sinuoso del Aburrá, las poblaciones de Belén, América y Robledo, el gracioso Rincón de Hato-viejo, hoy parroquia y distrito de Bello, que mora al pie de altísimas sierras, tajadas casi perpendicularmente y de las cuales se desprenden elegantes cascadas, sección amorosa y delicadamente descrita por el más ilustre de sus hijos don Marco Fidel Suárez, quien en su reciente visita presidencial no omitió visitar aquel suelo para él tan querido, después de unos siete lustros de ausencia; al observar el considerable desarrollo de la población de Medellín, en los barrios de Gerona y Guayaquil, la Ladera, los Angeles y Villanueva; todo esto y mucho más arrobaba mis miradas sorprendidas del lujo de aquel cuadro encantador. Mas en él me propuse detenerme en los sitios ocupados por los principales edificios públicos y mayormente por las iglesias, verdaderos focos de enseñanza y factores importantísimos de la civilización cristiana.

Empezando por el sureste detuviéronse mis ojos en la colina donde se alza el gigantesco pedestal del futuro monumento del Salvador. Después, al elevar un poco la mirada y alcanzar a divisar la capilla de Loreto, un mundo de recuerdos infantiles conmovió mi corazón. Era que evocaba la memoria de los agradabilísimos paseos que de niño hice tantas veces a aquel sitio en compañía de personas muy queridas, muchas de las cuales han desaparecido ya del mundo de los vivos. Descendiendo un poco divisé por el camellón de Buenos Aires el reciente templo de estilo gótico consagrado a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, levantado merced a la ahincada labor y constancia del señor presbítero don Luis María Gaviria. A dos cuadras arriba

de aquel templo protector de los habitantes del barrio de Gerona, se encuentra el primer establecimiento escolar de las Hijas de María Auxiliadora, casa que se debe en gran parte a la activa cooperación de una mujer de inteligente y sostenida iniciativa y tenaz energía, Sor Concepción Ospina (hija del doctor Mariano Ospina Rodríguez) y religiosa de aquella congregación docente.

Bajé los ojos hacia la plazuela de Félix de Restrepo, y ofrecióseme en ella la elegante fachada de la Universidad de Antioquia, en cuyo paraninfo, que es un grande y cómodo salón de gusto exquisito, acababa entonces de celebrarse el banquete oficial en honor del Excelentísimo señor Presidente Suárez.

A continuación de la Universidad sigue la iglesia de San Francisco, servida por los PP. de la Compañía de Jesús, quienes, como fruto de su constante labor en el púlpito y en el confesonario, tienen la satisfacción de verla muy concurrida por las personas de la más alta sociedad, y sobre todo la de ver que sus esfuerzos en favor de la comunión frecuente y diaria han producido opimos frutos.

Desde la elevada cumbre en que me encontraba pude también contemplar al otro lado de la iglesia de San Francisco la nueva fachada, ya casi terminada, del Colegio de San Ignacio, que está actualmente en reconstrucción por cuenta del Departamento. El edificio que se desarrolla, según los planos del arquitecto don Horacio Rodríguez—quien obtuvo la palma en el concurso abierto para este efecto—es de cemento armado y todo él de tres pisos, coronado en toda su extensión por elegante y amplia azotea. El primer patio se empleará—una vez terminada la decoración—como salón de actos. El escenario lo forma un bellissimo arco y a sus pies se extiende la platea capaz de contener más

de mil espectadores. Al rededor del patio levántanse, sostenidos por pilastras de cemento, los corredores del 2.º y 3.º pisos, que servirán de palcos. Un techo de cielo raso cuya extensión será de 450 metros cuadrados, artísticamente adornado, protegerá del sol y proyectará a torrentes luz por una gran claraboya circular.

Arriba del colegio de San Ignacio, por la calle de Píchincha, divisé el establecimiento del Buen Pastor, servido por las benéficas religiosas de este nombre, quienes tienen a su cargo la casa de reclusión de mujeres. Unas cinco cuadras de allí, hacia el occidente, se encuentra el Colegio de las Hermanas de la Caridad, magnífico establecimiento que cuenta con una primorosa capilla, dotada de un clásico altar de mármol de Carrara y de un artístico fresco que representa la apoteosis de la Presentación. Y allí muy cerca, ¡cómo sobresale la gallarda torre de San José! Y un poco más hacia el sur pude ver también la San Antonio, con la magnífica imprenta y convento adyacente de los RR. PP. Franciscanos de Tierra Santa. Cuando visité aquella iglesia me llamaron la atención el esplendor del culto, la belleza de las estatuas que la enriquecen, los ventiladores eléctricos, el airoso pavimento, la piedad en suma que respira todo aquel sagrado recinto en que se rinde homenaje al gran taumaturgo de Padua.

Fijé luego la mirada en el centro de la ciudad, hacia el Parque de Berrío, donde aparecen las torres de la iglesia que actualmente sirve de Catedral, notable por su órgano, su gran sagrario de plata maciza, sus campanas colosales, y sobre todo por el cuadro de la Candelaria, Patrona de Medellín, con brillante marco de oro y plata.

Paño ahora a la banda derecha del riachuelo de Santa Elena y detengo la vista ante la esbelta torre que corona la capilla del Colegio de San José, dirigido

por los beneméritos hijos de San Juan Bautista de la Salle.

Más hacia el oriente y tamoién a la derecha del riachuelo Santa Elena y muy cerca de él divisé la iglesia en construcción, ya muy adelantada, de Nuestra Señora del Sufragio en la plaza de Sucre, bajo el patrocinio de una congregación de señoras, presidida por el señor presbítero don Manuel José Atehortúa. El Ilustrísimo señor Arzobispo trabaja activamente a fin de que este bello templo, que será puesto bajo la dirección de los RR. PP. Salesianos, quede terminado para los días del próximo Congreso Mariano.

Omito ahora la enumeración de otras iglesias y casas religiosas, así como la descripción de otros muchos edificios que contemplé a mi sabor desde las torres de la nueva catedral, para decir algo únicamente de dos obras que me llamaron mucho la atención al verlas desde la altura a que me encontraba, una al norte y la otra al sur de la ciudad. Era la primera los pabellones del Hospital de San Vicente de Paúl, en construcción, grandiosa y benéfica obra iniciada por el acaudalado comerciante y empresario, don Alejandro Echavarría, quien le ha consagrado gran parte de su tiempo y de su enérgica actividad. La otra era la grandiosa «Estación de Medellín» del Ferrocarril de Antioquia, de la que hizo la inauguración oficial el Exce-lentísimo señor Presidente de la República en su reciente visita a Medellín. Este magnífico edificio, rodeado de amplia azotea, costó al rededor de \$ 300.000 oro y sirve para las oficinas de la Superintendencia del Ferrocarril de Antioquia, para las bodegas y salón de espera, y en su plaza adyacente se erigirá un monumento conmemorativo del gran empresario Francisco Javier Cisneros.

Al bajar de la altura en que me encontraba y desde donde puede disfrutar de todos los encantos de

aquel bello paisaje, detúveme una vez más a admirar la grandiosidad de aquellas naves, cuyos planos, calcados sobre los de la basilica del Sagrado Corazón de Montmartre, fueron trazados por el arquitecto francés M. Carré. A la obra de la nueva catedral está vinculado el nombre del actual Presidente del Capítulo Metropolitano de Medellín, Monseñor Jesús María Marulanda, quien ha consagrado sus dotes administrativas durante muchos años, con el tesón y perseverancia propios de la raza, a dar vigoroso impulso a esta magna empresa.

LA CASA DE MONEDA

Tuve el gusto de visitar detenidamente la Casa de Moneda, merced a la fina atención de los señores doctores Luis Felipe Osorio y Clodomiro Ramírez, quienes por espacio de dos horas me tuvieron muy gratamente entretenido al oírles explicar la marcha de los sabios trabajos que se ejecutan en aquella casa que ha venido a ser una providencia para la República. Fundada desde los tiempos del doctor Pedro Justo Berrío ha vuelto a funcionar y desarrollarse enormemente durante estos últimos años. De los datos que oí a los dos distinguidos caballeros que nombré, y de los que el primero de ellos—que es el administrador actual—tuvo la amabilidad de enviarme por escrito, quiero consignar aquí los siguientes que creo de utilidad general:

La Casa de Moneda es de propiedad del Gobierno del Departamento. Todo el personal de sus empleados son departamentales, excepto uno, el inspector verificador, que es nacional. Los empleados son los siguientes: el administrador, el tesorero químico-electrotécnico, el fiel maquinista, el ensayador, el contador, el ayudante del contador, el portero. El personal de los obreros está constituido por 22 empleados, de los cuales 5 son señoritas.

La mayor parte de la maquinaria es antigua y se conserva en buen estado. En lo esencial consta de un laminador grande, otro pequeño, dos cortadores de discos, una bordeadora y dos prensas para sellar. El departamento de fundición consta de dos hornos grandes, cinco pequeños y un horno reverbero para recocer. El de afinación y apartado se compone de dos plantas electrolíticas (tratamiento por el ácido nítrico). La capacidad total de las dos plantas es de 2.500 amperios a 5 voltios. El consumo de ácido nítrico es de una damajuana grande, diariamente. La fuerza que se consume es de 40 caballos de energía eléctrica y 10 de vapor.

El oro se acuña por cuenta de los particulares y la plata sólo por cuenta del Gobierno nacional. Los particulares pagan a la Casa por derechos de acuñación el medio por ciento (1/2 %), y por derechos de apartado y afinación a razón de \$ 11-30 por el kilo de oro y metales bajos.

El 10 de enero último había en la Casa de Moneda \$ 2.200,000 oro. Y el día en que la visité me dijeron que el 20 del mismo había subido la amonedación al máximo desde que existe la Casa, a 11.728 libras.

ACUEDUCTO DE PIEDRASBLANCAS

Antioquia—dijo el insigne José Joaquín Casas—es tierra clásica de las iniciativas municipales. Y la Municipalidad de Medellín en efecto es hoy modelo en el país por la magnitud y número de las empresas que acomete decididamente y lleva a feliz término. Entre las empresas municipales que ahora recuerdo están la de teléfonos, magníficamente instalada; la de la plaza de mercado, que produce muy buena renta; la de reconstrucción del teatro, que en parte al menos es municipal; la del matadero público, y la construcción de una gran feria de animales, que adelanta rápidamente, para

sustituír de esta manera la de propiedad privada que en la actualidad existe.

Pero la más colosal de las empresas que ha acometido la Municipalidad de Medellín es la del acueducto de Piedrasblancas. Para dar una ligera idea de los trabajos ejecutados hasta ahora, me parece oportuno indicar algunos datos que tomo en gran parte de una importante monografía que apareció hace poco en *El Colombiano* de Medellín:

Del desarenadero de *La Ladera*, cerca de la casa de mendigos al pie de la caída en donde quedarán los filtros y la planta eléctrica, 2.500 metros. Longitud de la tubería metálica que producirá la fuerza (hoy sólo está construida la cañería de rebose) 1.720 metros, con capacidad para producir mil ochocientos caballos de fuerza. Del tanque desde donde se desprende el agua hasta su toma en el riachuelo de Piedrasblancas, 7.000 metros. Total: once kilómetros doscientos veinte metros de tubería.

El acueducto (salvo la parte de la caída, que será metálica) es todo de cemento armado. Los tubos construidos en Medellín, con moldes patentados en los Estados Unidos y cuya sola concesión costó a la Empresa nueve mil dólares, tienen una longitud de 1,20 metros por 34 pulgadas de anchura, con 27 de capacidad; de modo que las paredes circulares tienen un espesor de 3 y media pulgadas. Peso de cada tubo, 250 kilos. Cada medio kilómetro hay orificios, de las mismas dimensiones, por los cuales se hace periódicamente la inspección y el aseo de la tubería.

Para la construcción del tramo de la cordillera, que sólo tiene un desnivel de un dos por mil (14 metros en toda su extensión), hubo necesidad de hacer grandes banqueos, en terreno casi todo rocalloso y construir terraplenes y viaductos, obras que representan enormes esfuerzos y grandes desembolsos.

LA NOCHE-BUENA EN ANTIOQUIA

La manera como se celebra en la generalidad de los hogares antioqueños el nacimiento del Salvador es una de las costumbres más características de la Montaña. Ese es el tiempo clásico de la natilla, el manjar-blanco, las hojuelas, los buñuelos y el almíbar.

Y ¡qué espectáculo tan encantador el que me tocó presenciar en Envigado la noche de Navidad! Las casas de la simpática población—cuna de tantos varones insig-nes—y las de los valles y collados a una y otra banda del Aburrá hasta las cimas de las cordilleras, aparecían iluminadas con bombas y farolillos multicolores, mientras por el aire resonaba el grato estruendo de los cohetes y el más grato aún de las campanas. Jamás se borrarán de mi mente ni de mi corazón las dulcísimas impresiones que recibí ya al dirigir la palabra en el bellissimo templo parroquial a un inmenso auditorio que lleno de piedad y atención me escuchaba, ya al visitar varias de las quintas que adornan esos campos preciosos. Era que en aquéllas lucía el *Pesebre* y en éste los senderos escabrosos por donde los Reyes Magos y su comitiva se dirigían hacia la cumbre para rendir homenaje de adoración al Deseado de las naciones, y allá más lejos los grupos de los pastores que cuidaban sus rebaños y las aves de corral y las filas de plateadas piedrecillas que semejabán el lecho de un arroyo o de un camino al desembocar en la cueva de Belén, iluminada por la estrella que llevaba un ángel para mostrar al Niño Dios recién nacido y a sus lados José y María.

Y postradas ante el *Pesebre* volví a ver aquellas mismas gentes que había visto de niño y que tan bien saben hermanar con el culto al porvenir el del pasado, realizando así el ideal del progreso verdadero. Y al ver a los más respetables señores, rodeados de sus hijos

y sus nietos, preparar gozosos el *Arbol de Navidad* lleno de juguetes, de confites, de cintas, de perfumes que van a ser la alegría de una caterva de rapaces indigentes que moran en las vecindades ¿no es ésta la mejor lección objetiva me decía a mí mismo y la más práctica escuela donde se forman esas familias que se llaman patriarcales, es decir, cristianas? Por eso cuanto tiende a conservar tan grato aroma en los verjeles antioqueños me encanta. Por eso deseara yo que los escritores de costumbres que en Antioquia abundan explotasen aún más aquella vena. Y por eso también amo mucho una publicación semanal que hay en Medellín, cuyo nombre es *La Familia Cristiana*, la cual, por medio de la mejor de las devociones, mantiene viva la llama de la fe en los hogares antioqueños.

¡El hogar! hé ahí en síntesis el secreto de la prosperidad de Antioquia. Así mis más ardientes votos al despedirme de nuevo de esa tierra querida son para que el hogar sea allí como base incommovible, y para que se multipliquen las familias de hondas creencias religiosas, de recto pensar y de obrar intenso, de fe en el porvenir y de respeto a las costumbres tradicionales. Así Antioquia progresará para sí y progresará también para la República.

JOAQUIN EMILIO GOMEZ, S. J.

(De *Horizontes*).

